

LA IDEOLOGÍA PANAFRICANISTA Y SUS BASES DE SUSTENTACIÓN

EDUARDO F. JORGE,
de la Universidad de Buenos Aires

EL PANAFRICANISMO ES UN CONCEPTO aparentemente muy fácil de asir, pero a medida que se quiere profundizar en sus componentes ideológicos, en las acciones a las que da pie y en su radio de acción, surgen diferentes interpretaciones.

Las dificultades para definir el panafricanismo, y las aparentes contradicciones en que se debate, se deben a diversos factores que han de ser tenidos en cuenta para clarificar todo intento de evaluación.

Como punto de partida debe tenerse presente que el panafricanismo, como todo movimiento ideológico y político, implica una ideología, una línea de acción política, y un radio de acción.

En primer lugar, y en cuanto a sus aspectos ideológicos, el panafricanismo no es un concepto único. El panafricanismo es una ideología, y como tal está compuesta por un cuerpo de proposiciones relacionadas entre sí, pero separables y con distintos alcances para la acción.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que la ideología panafricanista no tiene un exponente ideológico único. Diversos teóricos y políticos han llegado a él, en parte, a través de desarrollos independientes —como es el caso de los teóricos de habla francesa— y las interpretaciones varían de país a país en función del complejo de factores políticos de cada uno.

En tercer lugar, la ideología panafricanista tiene fuertes componentes raciales y culturales, aparte de los estrictamente políticos, que dan un fuerte tinte de subjetividad a su adhesión a la

misma. Al mismo tiempo, esta invocación de factores de pertenencia racial impide por momentos una explicación clara y razonada de sus alcances y fines por parte de sus portavoces.

La confusión introducida por esta última circunstancia desorienta por momentos a los observadores no africanos, que muchas veces no logran explicarse la supervivencia del movimiento a pesar de las múltiples fricciones internas y las evidentes divergencias políticas. Justamente en el elemento irracional del panafricanismo a que se aludió anteriormente, o sea la adhesión racial más que políticamente razonada que suscita, es donde debe buscarse su carácter de idea-mito y su fuerza para persistir.

En cuarto lugar, la doctrina panafricanista se ha ido profundizando y reelaborando, y ha incorporado nuevas proposiciones en función del desarrollo de la situación política africana.

Esto implica que, en cuanto a su acción política, surgieron nuevas metas a medida que se avanzaba. El panafricanismo actual persigue fines más amplios que los que perseguían los primeros Congresos Panafricanos de la década de los veinte.

Finalmente, también el radio de acción del panafricanismo ha variado con la profundización de la ideología y la sucesiva superación de metas políticas. Ha pasado a ser un movimiento continental multirracial, a partir de un movimiento con base geográfica intercontinental y unirracial. O sea, progresivamente el movimiento ha pasado de una base racial a una base territorial continental.

¿Una definición unívoca del Panafricanismo?

Pero no obstante lo expresado anteriormente, como toda doctrina, el panafricanismo tiene un fin fundamental y confeso que es la unidad africana.

El problema radica en cómo debe entenderse esta unidad. Los dirigentes africanos tienen diferentes posiciones acerca de los alcances de la unidad, y de allí derivan la mayor parte de las contradicciones a nivel político.

Desde el punto de vista de un análisis desapasionado de la realidad africana, la unidad panafricanista debería ser considerada como un *continuum* que va desde la afirmación genérica acerca de la unidad racial y cultural, hasta la unidad política

total, pasando por períodos intermedios de acción política mancomunada en función de determinados fines específicos.

De hecho, la ideología panafricanista ha avanzado progresivamente, tratando de alcanzar las fases sucesivas de este *continuum* a medida que se lograron los fines políticos iniciales del movimiento.

Esto acarrea dos implicaciones fundamentales para todo análisis de panafricanismo. La primera es que debe buscarse un enfoque dinámico que tenga en cuenta primordialmente esta situación de cambio histórico. O sea un análisis que vincule los cambios en la situación política africana con la profundización de la ideología y de sus fines políticos, y viceversa.

La segunda consiste en que no se puede hacer una evaluación del éxito o del fracaso del panafricanismo globalmente, sino del éxito o fracaso en la consecución de las metas que se ha planteado en cada período.

Este artículo pretende sistematizar inicialmente algunos elementos de juicio acerca del primer problema anotado, para ofrecer posteriormente algunas reflexiones sobre las posibilidades del movimiento panafricanista en su estado actual. No por obvio debe dejar de apuntarse que ellas deben ser consideradas sólo como una aproximación, quedando interrogantes no resueltas y un amplio margen para la introducción de otros factores importantes.

La fase racial

En una primera fase que va desde principios de siglo hasta el V Congreso Panafricanista de Mánchester, en 1945, la *ideología* panafricana se orienta fundamentalmente a la afirmación de los valores culturales de la raza negra. De esta época datan las obras que se proponen demostrar la igualdad de capacidades de la raza negra con las otras razas. Los ejemplos más notorios son las publicaciones de J. P. Mars y W. du Bois.

En este período el *objetivo político* fundamental es la lucha por la igualdad de derechos y por la conquista de las libertades fundamentales de asociación, prensa, etc. Ya entonces se empiezan a oír los primeros reclamos por el autogobierno, pero sin llegar a la solicitud de la independencia política total, quedando

mucho más lejos todavía las aspiraciones a la unidad política continental, ideas que no llegaban a vislumbrarse en la mente de los dirigentes.

El *radio de influencia* de la doctrina en gestación alcanza a toda la raza, cualquiera sea su ubicación geográfica, aunque desde el punto de vista de la organización abarca fundamentalmente a los negros norteamericanos y antillanos y a las colonias inglesas en África. Si bien hay participación de africanos provenientes de las colonias francesas, ésta es muy reducida e irregular. En realidad las colonias francesas en África desarrollan una línea ideológica panafricana en forma relativamente independiente y con matices propios. En esta divergencia de desarrollos juegan un papel importante las dificultades idiomáticas de comunicación y sobre todo la diferente formación cultural de los africanos de unas y otras colonias.

Resumiendo, puede afirmarse que en este período el acento está puesto en la unidad para la conquista de la igualdad de derechos de la raza, en lo que se refiere a la acción política. Dicha acción política se sustenta en un sentimiento de pertenencia racial que engloba por igual a los africanos del continente y los de ultramar. Este último factor es lo que da un impulso tan fuerte al movimiento; impulso que subsistirá aun cuando la base racial pierda su preeminencia y entren en juego otros motivos de unión.

La fase anticolonial

En una segunda fase, que va desde la postguerra a la independencia, la *ideología* panafricana continúa desarrollando sus aspectos culturales, sobre todo entre los africanos de habla francesa,¹ pero lo que la caracteriza es la elaboración progresiva de sus aspectos políticos, que quedan establecidos en el Congreso de Mánchester.

¹ El movimiento cultural de "Présence Africaine" surge en 1947 y publica una serie de obras fundamentales para el pensamiento africano, aparte de organizar dos Congresos de Escritores y Artistas Negros en 1956 y 1959 respectivamente.

De tal modo, se enfatiza la existencia de un nacionalismo distintivo basado en las peculiaridades culturales y económico sociales de las sociedades africanas. Del Congreso de Mánchester y de los contactos interafricanos surge una *táctica de lucha política* anticolonial, ya con la idea de la independencia claramente delineada.

Esta táctica consiste en la coordinación y unidad en la lucha contra el colonialismo; el empleo de métodos no violentos mientras ello sea posible; la unificación de los movimientos nacionalistas dentro de cada territorio; la aceptación del apoyo no condicionado del resto del mundo y la lucha contra la balcanización. Ya en este período, y de acuerdo con el último punto mencionado, se gestan los primeros movimientos federativos entre grupos de países africanos.

En este período, al *radio de influencia* de la ideología panafricana se suman los países árabes del norte de África, pero quedan de lado los negros norteamericanos cuyos fines políticos siguen siendo los del período anterior, o sea los de la lucha por la igualdad de derechos. Lo que determina este proceso de cambio de las bases humanas del movimiento es la conversión al fin político anticolonial y nacional que opera en este período, que queda más allá de los límites en que, por razones obvias, deben actuar los negros norteamericanos.

El énfasis en la lucha por la independencia y la unidad de los territorios africanos —negros y árabes— centra el colonialismo, desplaza el campo de acción del panafricanismo de la “raza negra” al “continente africano”, como unidad geográfica más que racial.

La conversión de los fines políticos y la necesidad de luchar contra las mismas potencias coloniales, es lo que explica que se sumen los países árabes pese a su diversa composición racial y cultural.

La fase independiente

Tras las independencias, y logrados así en gran medida los fines políticos de los períodos iniciales, se abre uno nuevo que plantea problemas cualitativamente distintos, pero en el cual no obstante siguen vigentes las ideas del anterior.

El acceso al poder político pone en manos de los dirigentes africanos la posibilidad de llevar a su última consecuencia las implicaciones de la doctrina.

En sus *aspectos ideológicos* la actividad panafricana en el continente se ve enriquecida con desarrollos originales relacionados con las nuevas tareas que se plantean a los Estados africanos tras la independencia y que no se vinculan exclusivamente con el problema de la unidad.

Estos desarrollos ideológicos son la teoría del Estado de partido único como solución al problema del poder, la teoría del socialismo africano como solución al problema de la elección del sistema de desarrollo económico social, y el no alineamiento como solución al problema de su ubicación en la política internacional.²

En lo que se refiere a los *objetivos políticos*, en este nuevo período los países africanos se ven obligados a decidir el carácter que debe revestir la unidad africana en la post independencia, y el curso que se debe seguir para luchar contra la balcanización, y los proyectos de federación con los que se habían comprometido anteriormente.

En este sentido se abre un nuevo proceso en que se reafirma por un lado y se quiebra por otro el consenso panafricanista del continente. Por un lado se reafirman las ideas de la segunda fase —o sea las de unidad para la lucha contra el colonialismo aún existente en el continente— con la creación de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y del bloque africano en las Naciones Unidas.

Por otro, en lo que respecta a las formas superiores de unidad, se acentúan las diferencias entre las distintas corrientes políticas que confluyen en el panafricanismo en el período anterior a la independencia. Estas corrientes contrapuestas logran convivir en forma muy precaria dentro de la OUA, desatándose crisis periódicas que amenazan su existencia. Aun entre los países afines desde el punto de vista geográfico y político, fracasan los intentos de lograr federaciones supranacionales parciales como aproximaciones sucesivas a la unidad política continental. El ejemplo más notorio es el presentado por la unión de Ghana, Guinea y Mali en 1960, que nunca pasó del terreno enunciativo.

² Basil Davidson, *Which way Africa?*, Penguin African Library, Londres, 1964, Cap. 11.

Cuatro corrientes con fines panafricanistas de distinto alcance se delinean con bastante claridad en esta fase.

Estas corrientes se distinguen con más claridad en el terreno de los hechos que en el plano declarativo, donde las expresiones de aspiración a la unidad raramente son expuestas con precisión.³

La primera corriente es la panafricana *strictu sensu*, partidaria de la federación política total e inmediata del continente, que, si bien es representada por varios países en los años previos a la independencia, en el momento de creación de la OUA (1963) queda representada exclusivamente por Ghana.

La segunda corriente es la sostenida por la mayoría de las ex colonias inglesas y Etiopía. Si bien acepta formalmente el principio de la federación política total, postula llegar a ella gradualmente y a través de federaciones regionales. Esta corriente es partidaria, en los hechos, de una coordinación inicial de la política exterior, de defensa y económica, y pone énfasis en la continuación de la lucha anticolonialista para liberar el cono sudafricano, lo cual se vincula con la posición geográfica contigua de la mayoría de los países que la componen. Su expresión organizada más destacada es PAFMECSA (Pan African Federation Movement for East, Central and South Africa). En síntesis, se trata de una postura gradualista y con alcances geográficos regionales en un primer período.

La tercera corriente es la representada por la mayoría de las ex colonias francesas que sucesivamente formaron núcleos en la UAM, la OAMCE, y actualmente en la OCAM⁴ que aunque no se pronuncia claramente respecto al principio de la unidad política total, de hecho lo rechaza. Propone un concepto de unidad basado casi exclusivamente en la cooperación económica y

³ La exposición que sigue se basa en el análisis de los discursos de los jefes de Estado africanos en la asamblea constitutiva de la OUA, y en múltiples declaraciones publicadas en diarios, revistas, etc., aparte del análisis de la política de cada país.

⁴ La mayoría de las ex colonias francesas al sur del Sahara formaron en 1961 en Yaundé la Unión Afro-Malgache (UAM), que posteriormente a la creación de la Organización de la Unidad Africana fue disuelta, substituyendo en su reemplazo la Organización Afro-Malgache de Cooperación Económica (OAMCE), desprovista supuestamente de carácter político. Sin embargo, en febrero de 1965, los mismos países reeditaron de hecho la UAM bajo el nombre de Organización Común Afro Malgache (OCAM).

que respete las soberanías nacionales adquiridas. Sus alcances son regionales, y más que regionales basados en la común tradición colonial francesa. Resumiendo entonces, esta corriente postula una unidad limitada a lo económico principalmente y de alcance regional, fuertemente vinculada a la ex metrópoli y al continente europeo a través de la asociación con el Mercado Común Europeo.⁵

La cuarta corriente es la representada por los países árabes del Norte. Esta corriente enfatiza el concepto de unidad de la preindependencia, o sea postula la unidad africana para la lucha contra el colonialismo y el imperialismo, pero con un énfasis muy especial de ubicación dentro del marco general del Tercer Mundo. Esta postura tiene mucho que ver con su situación geopolítica, que los coloca como nexos entre África y Asia, particularmente en el caso de Egipto.

La fuerte tradición islámica común y la participación en organizaciones panarabistas como la Liga Árabe, donde la mitad de los Estados miembros son asiáticos, inhiben la orientación de los Estados árabes del Norte de África hacia una política de bases continentales exclusivamente.⁶ Este hecho es más notorio en el caso de Egipto, cuyas ambiciones rectoras dentro del movimiento panárabe lo han obligado a dedicar sus mayores esfuerzos a fines extraafricanos, como la integración con Siria e Iraq y la guerra del Yemen, sólo para mencionar algunos ejemplos.

Estos compromisos extraafricanos determinan que los países de esta corriente prefieran no pronunciarse acerca de la federación política continental, y en los hechos no la consideren. Por otro lado, debe tenerse en cuenta que los seis Estados árabes del Norte de África no forman un bloque homogéneo, y es importante destacar el intento de unión económica restringida que llevan adelante los países del Magreb, es decir Marruecos, Argelia y Túnez, seguidos en algunos casos por Libia. De modo que también dentro de esta corriente se registran tendencias a la integración económica regional.

⁵ Los países de la OCAM conforman las dos terceras partes de los 18 Estados africanos que se asociaron en diciembre de 1962 a los seis países de la Comunidad Económica Europea por un tratado comercial de preferencias recíprocas.

⁶ Egipto y Argelia han sido la sede de una gran cantidad de reuniones afroasiáticas y de países no alineados.

En resumen, si bien la más agresiva de estas corrientes, actualmente desalojada del poder en su país más representativo, se declara partidaria de la constitución de los Estados Unidos de África como fin inmediato, sería discutible aceptar el logro del mismo como criterio de evaluación del éxito del panafricanismo en este período, ya que las otras corrientes, aun incluyendo a los otros países más comprometidos de África, tienen diferentes criterios. El Acta de Addis Abeba resume en definitiva los pasos máximos que están dispuestos a recorrer los países africanos en el camino de la unidad: la cooperación en los terrenos diplomático, de política exterior, económico, educacional.

El punto más avanzado que se encuentra en el Acta es la referencia a la búsqueda de instituciones comunes en estos campos.⁷

¿Un sueño hecho realidad?

En un artículo publicado en octubre de 1959,⁸ después de la declaración de unión de Ghana y Guinea, se lee: "El destino de África será el resultado de un concreto interjuego de fuerzas locales dentro de un contexto regional, y no de una generalización abstracta".

El que eso escribía tenía una amplia experiencia como funcionario colonial francés, y por ello conocía cabalmente todo lo que Francia y las demás potencias coloniales dejaban al irse y el papel que este último factor jugaría dentro del contexto regional aludido.

Pero aun reconociendo la fuerza del hecho neocolonial, es simplificar demasiado las cosas culpar a éste de todas las desventuras del panafricanismo en lo que va de esta década.

El autor citado tenía razón en augurar que tras la independencia de los países africanos el panafricanismo debería dejar el terreno de la generalización abstracta en materia de federaciones políticas y entrar en el de las realidades concretas.

⁷ Acta de Addis Abeba. Reproducida en Basil Davidson, *op. cit.*

⁸ Paul-Marc Henry, "Pan Africanism: a dream come true", en *Africa. A Foreign affairs reader*, ed. por Philip W. Quig. Frederick A. Praeger Publisher, New York, 1964.

Las marchas y contramarchas del panafricanismo, los proyectos federativos utópicos y carentes de estabilidad a que ha dado lugar, algunas actitudes políticas quijotescas por parte de sus dirigentes,⁹ son expresión de este enfrentamiento de la utopía romántica con las realidades políticas.¹⁰

Para poder adentrarse en este proceso y evaluarlo racionalmente es necesario ver con una perspectiva histórica cuáles han sido las bases de sustentación del panafricanismo en sus dos primeros períodos y cuáles pueden ser los del período actual.

Las bases de sustentación

En su fase formativa, el panafricanismo tiene una clara base de sustentación racial. En ningún otro caso la pertenencia étnica ha podido sobreponerse al sentimiento nacional y a la conciencia de clase para formar un movimiento de tan vastas proporciones como en el caso del panafricanismo, salvo tal vez el israelí.¹¹ Esta primacía de la pertenencia racial para formar un movimiento de estas características en un siglo en que los grandes movimientos políticos parecen estar determinados por líneas nacionales y de clase, se explica fundamentalmente en función de la condición social de la raza.

En realidad, el elemento fundamental en esta primera fase no es tanto la unidad racial como la situación común de segregación y de sojuzgamiento político, económico y social de la raza

⁹ El caso más reciente es la "cesión" de la presidencia de Guinea a favor del expresidente de Ghana, K. Nkrumah, y la confusión diplomática y periodística a que dio lugar. Ver diario *La Razón* del 3 y 4 de marzo de 1966, y *La Prensa* del 5 de marzo, Buenos Aires.

¹⁰ Un análisis más profundo de este problema debería vincularse a la debilidad general de las ideologías africanas, que ha sido apuntada por varios observadores. Ver Georges Balandier, "Classes Sociales en Afrique", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, volumen xxxvii, 1965, P.U.F., París, pág. 140; y Jean Ziegler, *Sociologie de la Nouvelle Afrique*, Gallimard, París, 1964, aunque no se comparten muchos de los puntos de vista de este último.

¹¹ No se desestima la complejidad de factores que inciden en el caso del movimiento sionista israelí, pero se considera que los dos movimientos son comparables en la medida en que la segregación impuesta externamente es el factor definitorio.

en ambos continentes. Este hecho se comprueba a través de la evolución de los fines perseguidos inicialmente por el movimiento y por sus modificaciones en los otros dos períodos. Prueba de ello es también la ausencia de la comunidad negra del Brasil, cuya integración al país, y el disfrute de los derechos y libertades cívicas fundamentales, inhibieron su participación activa en una lucha que contenía reivindicaciones superadas para ella.

Justamente, tanto el sionismo negro¹² como el israelí demuestran que esta primacía del sentimiento étnico se hace posible en la medida en que la situación de segregación y sojuzgamiento impide que se desarrolle una conciencia de pertenencia nacional, y no desmiente la vigencia preponderante y determinante de este último factor, ya que en ambos casos la vuelta a los orígenes territoriales de la raza tiene el sentido de reconstituir en ella la comunidad nacional perdida.

Pero la situación común de sojuzgamiento tampoco es suficiente para explicar por sí sola toda la amplitud y fuerza del movimiento, ya que la lucha por la igualdad de derechos y por la participación política en las colonias africanas podría haberse desarrollado a través de nacionalismos locales no necesariamente tan conectados entre sí por una doctrina común supraterritorial.

La vastedad del continente, el fraccionamiento y aislamiento colonial impuesto por las metrópolis, además de las ya de por sí significativas diferencias lingüísticas, culturales y religiosas de las poblaciones africanas, hubieran abonado esta incomunicación entre los movimientos nacionalistas y por ello es necesario tener en cuenta otro factor importante que influye en la formación del movimiento panafricano, y que se vincula con el papel que le cupo a la comunidad norteamericana en su iniciación y dirección.

Los negros norteamericanos y antillanos, provenientes unos de la Guinea, otros de la costa del Índico, musulmanes unos y animistas otros, de origen racial bantú tanto como sudanés, formaron una sola comunidad en América. Allí perdieron sus lealtades tribales y su lenguaje nativo y se fusionaron en una gran

¹² Se denominó "sionismo negro" a un movimiento que surgió contemporáneamente al panafricanismo preconizado por el Dr. du Bois, pero que se oponía a éste. Su dirigente máximo, Marcus Garvey, preconizaba el regreso de todos los negros al continente africano.

unidad sin recordar de qué parte o de qué tribu.¹³ Esta concepción de la comunidad de orígenes y de la unidad racial y cultural africana, formó el núcleo de la doctrina panafricanista que los africanos de las colonias inglesas y francesas del continente recibieron ya con todos sus atributos esenciales.

Las comunidades negras de Estados Unidos y las Antillas proveyeron los primeros cuadros dirigentes con la suficiente educación y preparación para el desarrollo de la ideología y la lucha política, dando tiempo para que el lento proceso de la educación colonial en África cristalizara en los primeros cuadros universitarios, y dotando a estos últimos de una ideología ya elaborada. La mayoría de los principales dirigentes africanos de habla inglesa hicieron su formación panafricana en Estados Unidos e Inglaterra bajo la guía de los dirigentes norteamericanos y antillanos de la primera generación panafricanista.

A esta altura es necesario tener en cuenta un factor que se introdujo ya en este período formativo, pero que debía tener sus repercusiones mayores en la evolución posterior del panafricanismo, sobre todo después de las independencias.

El papel dirigente que desde sus inicios tuvo la comunidad negra norteamericana en el movimiento panafricano determinó que éste se desarrollara como un movimiento de habla inglesa. Los esfuerzos para integrar en el mismo a las colonias francesas de población negra tuvieron un éxito parcial y limitado principalmente a los negros haitianos y martiniqueses, cuya vinculación con los de las colonias inglesas del Caribe era más fácil. Como se expresara anteriormente, la participación de los africanos de habla francesa del continente fue escasa y muy irregular. Entre la presencia de B. Diagne en el Primer Congreso Panafricano y la de S. Apithy en la Conferencia de Mánchester, prácticamente no estuvieron representados.

Esta circunstancia determinó que el desarrollo ideológico en las colonias de origen inglés y francés se realizara con relativa independencia y con matices propios. No jugaron sólo en este caso dificultades de comunicaciones originadas en la diferencia de lenguaje, sino tradiciones culturales adoptadas de los colonizadores y una educación política muy distinta.¹⁴

¹³ Basil Davidson, *op. cit.*, p. 62.

¹⁴ Paul-Marc Henry, *op. cit.*

Por escasa que fuera la representación africana en el parlamento francés, ella hacía girar la política de sus colonias en torno de la política francesa, en mucho mayor grado que alrededor de los lazos de unión con las restantes colonias africanas. No era este el caso con los políticos africanos de habla inglesa, donde la indirecta política colonial del gobierno se traducían en una mayor continentalización de la táctica política de los movimientos nacionalistas, en vez de centrarla en los pasos hacia la integración con la metrópoli europea.

Por otro lado, desde el punto de vista ideológico, la postura panafricanista de los dirigentes de habla francesa se resiste implícitamente a la continentalización del movimiento, que tiende a unificar a los países al sur y al norte del Sahara en función de la problemática más general del Tercer Mundo y quita base al concepto de negritud y a la intención de buscar un modelo intermedio de desarrollo social con raíces en las instituciones de las sociedades africanas tradicionales.¹⁵

Estas divergencias de desarrollo entre los africanos de habla inglesa y francesa, a las cuales no es ajena por supuesto la acción de las metrópolis, se proyectarán en toda su fuerza en el período posterior a la independencia y serán una de las causas más visibles, aunque por supuesto no la única, del nacimiento de bloques antagonicos.

En el segundo período, el panafricanismo cambia su base de sustentación, convirtiéndose en un movimiento anticolonial continental que se expresa a través de movimientos nacionalistas.

Ya a esta altura se comienza a desarrollar en las colonias africanas el concepto de nación como producto de las luchas por la igualdad de derechos. Sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento y la acción política africana evolucionó, y tal como lo enseña la historia mundial llegó a la conclusión de que ningún pueblo bajo dominación colonial conquista la igualdad de derechos y las libertades cívicas a menos que acceda a la independencia política y se convierta en nación.

Justamente a través de la acción política por la igualdad de derechos se fue forjando la incipiente conciencia nacional nece-

¹⁵ Esta inquietud es compartida también por algunos dirigentes africanos de habla inglesa, v.g. Julius Nyerere.

saría para profundizar la acción política y acceder a los fines fijados.

De tal modo, al introducirse el factor nacional —inicialmente más territorial que nacional en la medida en que el proceso de integración lingüística, económica y cultural, puede considerarse que todavía hoy no ha sido cumplido en la mayoría de los países— los que se unen detrás de la doctrina panafricanista ya no son los individuos de raza negra en búsqueda de la igualdad de derechos, sino los movimientos nacionalistas de las colonias del continente africano en su lucha contemporánea por la independencia política.

Esto explica que la comunidad negra norteamericana desaparezca del escenario panafricanista en este período, ya que sus fines seguían siendo los anteriores, debido a su peculiar situación como minoría.

En este momento se integran al movimiento los países árabes del Norte. Si bien su participación en los aspectos raciales y culturales de la doctrina se manifestaba como un contrasentido, la radicalización política y el anticolonialismo del movimiento en este período es lo que explica su inserción plena.

Al mirar retrospectivamente los documentos panafricanos llama la atención la visión política de sus dirigentes y la participación que tuvieron en el origen de los movimientos de solidaridad afroasiática que se desarrollaron plenamente en la década de 1950-1960.¹⁶

El V Congreso Panafricano realizado en 1945 en Mánchester emitió una “Declaración a los Pueblos Coloniales” que expresaba lo siguiente:

Afirmamos el derecho de todos los pueblos coloniales a regir su propio destino. Todas las colonias deben ser libres del dominio imperialista extranjero, ya sea político o económico... Por lo tanto, la lucha por el poder político por parte de los pueblos coloniales y sometidos es el primer paso hacia adelante, y el necesario prerrequisito para una total emancipación social, económica y política...

Hoy no hay más que un camino para la acción efectiva: la organización de las masas. Y a esa organización deben

¹⁶ Jack Woddis, *África, el león despierta*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1962, p. 32.

incorporarse los hombres educados de las colonias. ¡Pueblos coloniales y sometidos del mundo, uníos!¹⁷

Simultáneamente, el Congreso envió saludos a los pueblos de la India, Indonesia y Vietnam que luchaban entonces por su independencia.

La coordinación de los movimientos nacionalistas en África y su relativa unidad de miras se vio facilitada por lo similar de su historia colonial. En casi todos los casos las potencias coloniales construyeron típicas economías de exportación y mantuvieron a los territorios africanos dentro de los límites agrarios, con los cambios indispensables para imponer los cultivos requeridos por el mercado europeo. En los casos en que se desarrolló la minería, esto se hizo en forma de enclaves externos, o sea de apéndices de la economía metropolitana, totalmente desintegrados del resto de la economía de la colonia y con su solo aporte de mano de obra.

Así es como sin existir desniveles significativos de desarrollo económico y social entre las colonias africanas, tanto las del sur del Sahara como las árabes, tampoco surgió la necesidad de emplear tácticas políticas muy diferentes en la lucha por la independencia. Salvo excepciones, en las colonias no llegó a crearse una burguesía propietaria extensa cuyos compromisos económicos con la metrópoli la llevaran a la búsqueda del *statu quo* o al compromiso político.¹⁸ Por el contrario, en su mayoría, las incipientes burguesías africanas se vieron constreñidas en su crecimiento por el monopolio detentado por los colonos y las compañías europeas, o fueron llevadas por la marcha ascendente del nacionalismo.¹⁹

Este conjunto de factores permitió que, en términos generales, los partidos nacionalistas llegarán a reivindicaciones similares, conservando una relativa unidad de miras dentro de la diversidad, lo que permitió una estrategia coordinada de lucha.

¹⁷ *Ibid.*, p. 33.

¹⁸ No por conocido se puede dejar de citar el caso de la Costa del Marfil. A este respecto es interesante leer retrospectivamente el artículo de H. Boigny, "Black Africa and the French Union", reproducido en *Africa. A Foreign affairs reader*, op. cit.

¹⁹ Otro de los aspectos que debería contemplar una caracterización profunda de las ideologías africanas en su conjunto es el de las consecuencias negativas de la descolonización acelerada.

En el tercer período subsisten las bases de sustentación para la unidad panafricanista característica del período anterior, o sea la unidad para la lucha anticolonial.

La exacerbación del *apartheid* en Sudáfrica, la política retrógrada y represiva de los portugueses en sus colonias y la obcecación de los colonos blancos de Rodesia del Sur provoca a su vez un aumento de la solidaridad de los nuevos Estados africanos hacia los movimientos nacionalistas existentes en aquellos territorios. Una de las funciones del conflicto social es la de reforzar los sentimientos de pertenencia al grupo y limar las asperezas internas mientras dura la agresión externa.²⁰ Este principio ha desempeñado un papel importante en la evolución política continental africana reciente, y es previsible que lo siga teniendo en un futuro relativamente largo.

El proceso de preparación militar de los colonos blancos en los territorios antes mencionados y la represión armada de Portugal, el pacto de defensa entre Sudáfrica y Portugal, el proceso de acercamiento entre aquella y Rodesia del Sur, han sido los aspectos más visibles de la constitución de una "santa alianza" militar en el cono sudafricano colonial y racista, que representa un desafío a los países independientes del continente.

Este desafío y la magnitud de las fuerzas que deben enfrentarse, han tenido por virtud limar en parte las profundas divisiones en bloques del continente, y permitir la creación de la Organización de la Unidad Africana como medio para coordinar las políticas exteriores de los Estados africanos y presentar un frente que avance con paso decisivo en todo lo que se refiere a la descolonización del resto del continente.

El problema creado por Rodesia del Sur, Portugal y Sudáfrica en el continente, sobre todo por esta última, ofrece la posibilidad de que tendrá larga duración, debido a la magnitud de los intereses en juego y al poderío económico y militar de los colonos blancos. Este solo factor permite suponer la subsistencia de la OUA y del sentimiento panafricanista en el continente, por lo menos mientras dure el quiste colonial y segregacionista del extremo sur. Probablemente la OUA tienda a ir concentrando en el futuro su razón de ser y sus esfuerzos en encarar seriamente este problema, dejando de lado progresivamente los in-

²⁰ Lewis Cosser, *Las funciones del conflicto social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

tentos de lograr una unidad política supraterritorial, cuya posibilidad de realización resulta muy dudosa, por lo menos a corto y mediano plazo.

De no existir este fuerte factor de unión, y analizando la experiencia latinoamericana de la Organización de Estados Americanos al respecto, no sería razonable esperar la subsistencia de una organización representativa de todo el continente, sino más bien de bloques u organizaciones rivales formadas, siguiendo la línea divisoria de los distintos sistemas económico sociales antagónicos, escogidos por los nuevos países africanos.

Con referencia a esta última afirmación, conviene analizar las bases de sustentación para una unidad a nivel superior, que vaya más allá de la coordinación de la lucha anticolonial y antisegregacionista.

Tal como son presentados, por los mismos africanos, los motivos principales para esta unidad son: "alejar a África de los peligros de caer en nuevas formas de colonialismo y dependencia económica y cultural de las potencias no africanas; dar a África una voz fuerte y respetada en los asuntos exteriores, superior al tribalismo y la balcanización, e impulsar el desarrollo económico, facilitar el intercambio y asimilación de las nuevas ideas africanas y restaurar para los africanos la paz y la felicidad de formar una sola comunidad con sus congéneres".²¹

Se pueden distinguir en primer lugar algunas bases generales en la realidad africana que avalan la posibilidad de estas formas superiores de unidad.

Una de las más invocadas es la situación común de subdesarrollo y la similitud de las instituciones políticas y económicas precoloniales, que permitirían la construcción de un modelo de desarrollo específicamente africano, que efectuara la simbiosis de los elementos de los dos sistemas mundiales y su africanización. Veremos luego las limitaciones de esta condición tan general.

Existen otros dos factores internos y externos al continente, que puede considerarse que sustentan los motivos apuntados.

Por un lado, las tendencias mundiales hacia la formación de integraciones económicas regionales que; a partir de la creación

²¹ John Crutcher, "Pan Africanism: African odyssey", en *Current History*, New York, January 1963, vol. 44, N° 257.

y el éxito del Mercado Común Europeo, han adquirido fuerza creciente. La necesidad de no quedar aislados o en situación de desventaja frente a los mercados amplios que se forman de esta manera, conduce a los otros países a crear nuevas integraciones regionales o a asimilarse las ya existentes.

Por otro, la realmente inusitada fragmentación territorial y demográfica de África proporciona uno de los impulsos más concretos para las tendencias federativas; 26 de los actuales 38 países independientes africanos no llegaban en 1960 a los cinco millones de habitantes y 11 de ellos no alcanzaban los dos millones. Esta balcanización extrema introducida por las potencias europeas —parte de sus consecuencias en otros terrenos— es un hecho limitativo básico contra todo intento de industrialización independiente y de integración de economías nacionales.

Pero este tipo de características que presenta la realidad africana hablan más bien en pro de formas regionales de cooperación económica. Justamente éste es uno de los terrenos donde se ha logrado en mayor medida encontrar un idioma común en el seno de la OUA, y existen varias agrupaciones económicas regionales en formación, aunque no se haya entrado todavía en el campo de las realizaciones concretas.²²

Pero para lograr la unidad política e institucional continental, y aun federaciones políticas regionales, se necesita algo más que esto. En realidad, en este caso, es más fácil encontrar obstáculos que condiciones favorables.

Ellas son someramente las siguientes. En primer lugar, y paradójicamente, una de las consecuencias de los movimientos nacionalistas —portavoces del panafricanismo en la fase de la lucha por la independencia— ha sido la de acentuar las divergencias, y crear una incipiente conciencia nacional que conspira actualmente contra la integración política supraterritorial.²³

Tan es así, que, las nuevas naciones, no sólo han necesitado recurrir a las tradiciones tribales locales precoloniales para dar

²² Existen varias agrupaciones económicas regionales en formación: entre ellas, las más importantes son las que unen los países de la ex África Oriental Inglesa, los países del Magreb, los países de la ex África Ecuatorial Francesa y los países de la Entente. Estas dos últimas mantienen una tutela muy estrecha por parte de Francia, aunque la penetración por parte de Estados Unidos es creciente, sobre todo en el caso de los países de la Entente.

²³ John Crutcher, *op. cit.*

contenido a esa conciencia nacional, sino que en muchos casos han sido las mismas tradiciones culturales e ideológicas de las ex metrópolis las que han pasado a formar parte de ese sentimiento nacional, y se han constituido en barreras para la acción común.

Incluso la tradicional rivalidad anglo-francesa ha sido trasladada interesadamente a las ex colonias y sus manifestaciones se hacen visibles por momentos en el África independiente, no sólo en el terreno económico, sino por medio del mucho más sutil dominio ideológico que ejercieron las potencias europeas durante la colonización.²⁴

Otro factor que se presenta como muy difícil de sobrepasar es el de la resignación de las soberanías políticas locales. En este caso juegan dos tipos de resistencias que se refuerzan mutuamente.

Por un lado, existe la interferencia política de las ex metrópolis que obstaculizan medidas de unión que sustraerían en el futuro a los nuevos países de la influencia que todavía conservan sobre ellos.

Por otro, y vinculado al hecho anterior pero no determinado únicamente por él, la intención de las minorías dirigentes locales, incluidas las más progresistas, de sacrificar la soberanía en aras de un gobierno continental, aunque recogida en muchas constituciones, es más declarativa que real. Los ejemplos están a la vista.²⁵ En la mayoría de los casos, la auténtica vocación panafricanista de los dirigentes máximos, formados en el internacionalismo del movimiento, se estrella contra el juego concreto de los intereses locales y regionales, debiendo postergar las medidas concretas para no quebrar el equilibrio político interno y perder el poder político.

Aparte de ellos, por más simpáticos y fundamentados que aparezcan los intentos federativos realizados, no puede dejar

²⁴ Llama la atención en las publicaciones periodísticas africanas, v.g. el semanario *Jeune Afrique*, de Túnez, la continua utilización de los términos "nacionales francoparlantes" y "naciones angloparlantes" como criterio práctico de ubicación política, lo cual es una expresión significativa de esta divergencia de desarrollos.

²⁵ La Declaración de Unión de Ghana y Guinea, a la cual posteriormente se sumó Malí, que nunca hubo intentos verdaderos de llevar a la práctica.

de reconocerse que en la mayoría de los casos se han caracterizado por la improvisación, y por la falta de estudio y consideración realista que la importancia de las cuestiones en juego requería.²⁶

Un tercer factor, de orden eminentemente político y vinculado por supuesto a los dos anteriores, es el planteado por la elección de sistemas económico políticos. Es imposible pensar que una federación política continental pueda albergar simultáneamente países que hayan elegido vías de desarrollo socialista y capitalista. Por más laxa y flexible que se imagine esta eventual federación, no podría contener en su seno regímenes de ambas tendencias.

Para aclarar este punto, debería despejarse el papel que puede jugar el socialismo africano y la búsqueda de un modelo de desarrollo independiente de ambos sistemas. Ello evidentemente excede los límites de este trabajo, pero, sin negar la existencia de distintas vías nacionales de adopción del sistema socialista, y la posibilidad de concretar un desarrollo capitalista con relativa independencia del imperialismo, se asume que es difícil pensar —en las condiciones de la economía moderna y de la situación política internacional— en un tercer modelo, cualitativamente diferente, que supere la dicotomía en que se ubican las sociedades actuales.

Finalmente, existe una serie de factores relacionados con la carencia de un sistema de comunicaciones y transportes a nivel continental, que brinde los medios para concretar en forma relativamente inmediata la unidad política continental.

La somera reseña realizada permite suponer que no existe factibilidad en el África a corto y mediano plazo más que para formas económicas y regionales de unidad, impulsadas fundamentalmente por el hecho apremiante de la excesiva fragmentación territorial y las limitaciones que impone al desarrollo económico.

²⁶ No se deja de considerar lo valedero de la afirmación de muchos dirigentes panafricanistas —Nkrumah en especial— acerca de que la unidad se debía llevar a cabo inmediatamente después de las independencias, ya que de lo contrario con el tiempo se irían acentuando las diferencias y surgirían intereses que obstaculizarían la unidad. Pero esta formulación tan general no decía nada sobre el resto de los factores que afectaban el problema de la unidad, y no podía constituirse por sí sola en un programa de acción.

Aun así, las asociaciones económicas regionales tropezarán con obstáculos muy serios para llegar a lograr un estado concreto. La experiencia mundial al respecto demuestra que la situación común de subdesarrollo es más un obstáculo que una facilidad para la integración, mirado desde cierto punto de vista.

El análisis comparativo de la ALALC (Asociación Latino Americana de Libre Comercio) y el MCE; de las razones del desarrollo acelerado de este último y de las dificultades de aquélla, demuestra que el proceso de integración se facilita cuando se produce entre países altamente industrializados, y no entre aquellos que se encuentran en las primeras fases. La integración de industrias nacionales en proceso de crecimiento y necesitadas de protección, requiere fuertes decisiones políticas en materia de localización y asignación de prioridades, que los gobernantes muchas veces no están en condiciones de adoptar sin afectar intereses internos.²⁷

Conclusiones

Estas reflexiones no pretenden insinuar que sea imposible concretar los legítimos y beneficiosos anhelos de unidad entre los países africanos. La dificultad que presenta la integración de economías industriales incipientes, puede ser considerada también una ventaja bajo otro punto de vista, puesto que, justamente la circunstancia de estar todo por hacerse, permite, mediante una adecuada planificación, la asignación de los sectores industriales entre los distintos países en función del uso más económico de los recursos de cada uno.

Pero la realización de estos fines, que son los únicos que pueden llevar a los pueblos africanos a la elevación del nivel de vida a que aspiran, sólo será posible en la medida en que los gobernantes no subestimen la complejidad de los problemas a solucionar. La preparación sería de los pasos previos a la unidad

²⁷ Las dificultades con que tropieza la integración económica de los países de la ex África Oriental Inglesa (Kenya, Uganda y Tanzania), que es la que gozaba de un mejor punto de partida dados los servicios comunes que heredaron estos países de la colonización, están bastante relacionadas con este aspecto, sin desestimar la importancia de las diferencias políticas entre Kenya y Tanzania.

es un complemento indispensable del acto de voluntad política, sin el cual este último se convierte en una expresión de fe sin resultados prácticos.

Además, en este sentido, ninguna generalización es válida, incluidas las expuestas en este artículo. La integración económica y política presenta una multiplicidad de problemas particulares, que sólo pueden ser resueltos teniendo en cuenta la situación y los intereses particulares de los países implicados. No son los tecnócratas los que pueden resolverlos, evidentemente, pero también los políticos fracasarán si no complementan su acción con la consideración técnica de los problemas.

Finalmente, resulta necesario aclarar que si bien no se deja de reconocer el papel que juega el neocolonialismo contra los esfuerzos africanos hacia la unidad, no se cree que sea posible introducirlo como *comodín* cada vez que se pretende explicar las causas del fracaso de las iniciativas panafricanistas que se han sucedido a partir de las independencias.

La alusión continua al neocolonialismo y al imperialismo por parte de muchos movimientos populares, para justificar sus fracasos, constituye generalmente una prueba de su incapacidad para vencer los obstáculos que se presentan en la lucha política; y el fracaso, muchas veces, se debe más a los errores propios que a la fuerza del adversario.

El futuro del panafricanismo en el continente está ligado al replanteamiento de una estrategia política adecuada a los nuevos fines de la post independencia, conjuntamente con la atención a los múltiples aspectos que presente todo esfuerzo de unión independiente.